

México visto por los extranjeros

Por Carlos VALDÉS

El material literario (cartas, relatos, memorias) que han dejado los viajeros sobre el tema de México y los mexicanos es demasiado vasto; era casi imposible que alguien que nos visitara, especialmente en el siglo XIX, se resistiera a la tentación de contar sus impresiones: para el extranjero, México era una experiencia indeleble; había y hay demasiados aspectos y costumbres extrañas, inexplicables desde su punto de vista. Por otra parte, nosotros deseamos conocer las opiniones de los extranjeros; creemos que en sus palabras encontraremos el secreto de nuestra identidad, y que su opinión es más objetiva por tratarse de extraños.

Durante la época colonial, México permaneció prácticamente cerrado a los visitantes que no fueran de nacionalidad española, pero a pesar de la prohibición que existía, asciende a muchos volúmenes la información proporcionada por los naufragos, prisioneros, comerciantes que lograron penetrar en el territorio vedado de Nueva España durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Por lo general no fue muy favorable la opinión europea; se consideraba que México era una colonia de donde los españoles habían extraído grandes riquezas, pero que carecía de significado espiritual y cultural. Los visitantes ocasionales exageraban las riquezas coloniales debido a sus proyectos ambiciosos, y, por otra parte, despreciaban la labor cultural de los conquistadores españoles por ver en ellos unos competidores y rivales de su deseo de dominio.

En la época colonial hubo una corriente casi continua de españoles que por diversas razones venían a establecerse a México. Se puede decir que las noticias que dieron de este país no fueron muy favorables; se habló mucho de la "grandeza mexicana", pero a los indígenas no se les reconocía ningún mérito. Los españoles, aun en el caso de los hombres cultos, tendían a menospreciar el mundo autóctono. Un interesante testimonio son los *Diálogos* que escribió Cervan-

tes de Salazar, quien nació en Toledo hacia el año de 1518, pero se trasladó a México, y dio clases en la Universidad Real y Pontificia. Cervantes era maestro de retórica. Sus *Diálogos* son un testimonio que se podría considerar típico de la opinión del español sobre Nueva España. Los españoles (como más tarde les sucedió a los otros extranjeros que pisaron el suelo de México) no eran capaces de dar juicios objetivos sobre la realidad de lo mexicano; sus opiniones eran personales, subjetivas, y fundamentadas en la ideología de la conquista y de la religión y que trataban de justificar los defectos del sistema colonial. Así, Cervantes de Salazar no se cansaba de elogiar en sus *Diálogos* la belleza del paisaje, las riquezas que contenía el país, la grandiosidad de la ciudad de México; pero cuando juzga la existencia que llevaban los nativos del país, el lector de hoy no puede menos que sonreír ante tan ingenuas opiniones: "¡Oh, cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su actual felicidad, y de la antigua servidumbre a esta verdadera libertad! ¡Y también mil veces dichoso el soberano en cuyo siglo, en cuyo nombre se conquistó y convirtió a la fe cristiana este nuevo mundo, antes desconocido, y poblado de innumerables gentes que con tal estrago y matanza rendían obsequios a sus mentidos dioses!"

Para refutar la parcial opinión de Cervantes de Salazar basta hojear las páginas de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* que escribió por aquel tiempo el obispo Fray Bartolomé de las Casas, quien movido por la piedad cristiana denunciaba las atrocidades de los conquistadores. En la *Brevísima relación* leemos cómo los indios, a quienes Cervantes de Salazar juzgaba "libres y dichosos", exclamaban ante las atrocidades de los conquistadores: "Oh malos hombres, ¿qué os hemos hecho? ¿Por qué nos matáis?" Y más adelante Bartolomé de las Casas relata: "Después [los con-



"Es casi imposible justificar el optimismo de Humboldt"

quistadores hispanos] destruyeron por la misma manera la provincia de Cututepequé, y después la provincia de Ipilcingo, y después la de Colima... contar los estragos, muertes y crueldades que en cada una hicieron, será sin duda cosa difícilísima e imposible de decir y trabajosa de escuchar... Y lo que más espantable es que a los que de hecho obedecen ponen en aspérrima servidumbre, donde con increíbles trabajos y tormentos más largos y que duran más que los que les dan metiéndoles la espada, al cabo perecen ellos, sus mujeres e hijos y toda su generación."

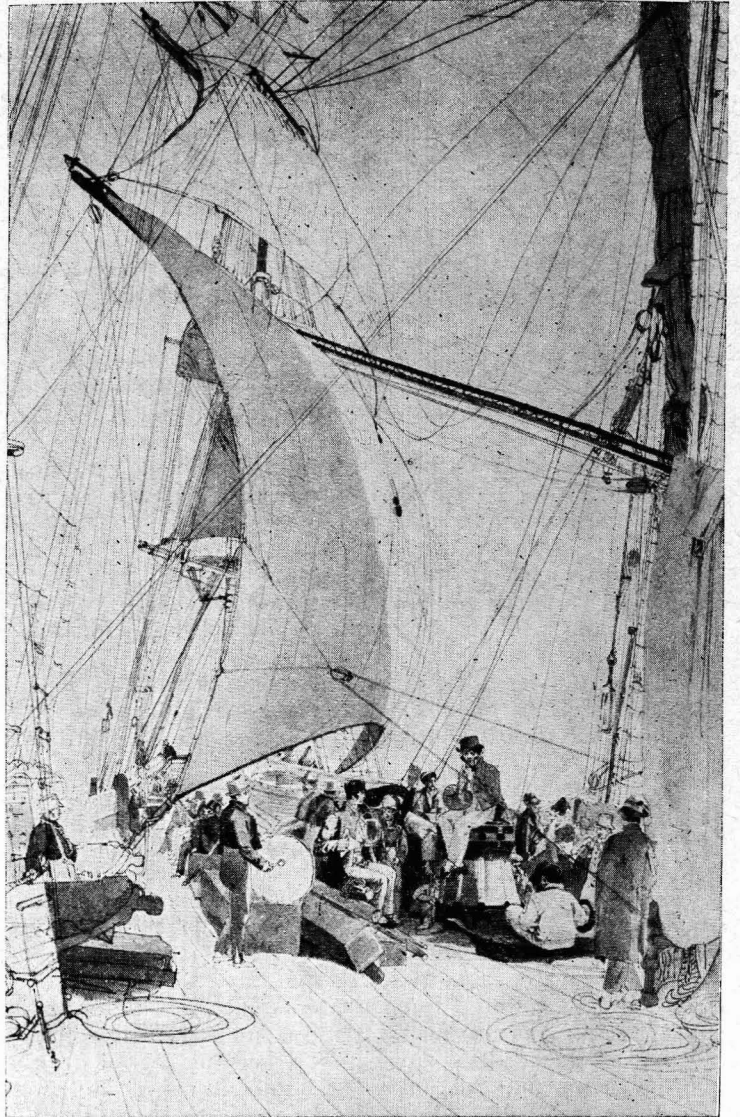
No creo que Cervantes de Salazar fuera un hombre mal intencionado, sino que su distorsión de la realidad se debió a que sólo veía lo que le convenía a sus intereses. Además, la servidumbre a que estaban sometidos los indígenas mexicanos le parecería lo más natural del mundo. Téngase en cuenta que Cervantes de Salazar era un hombre del siglo xvi, y él, como casi todas las gentes de su generación, juzgaba que los indígenas no tenían derecho a gozar de consideraciones ni de ninguna clase de libertad; así pues, la doctrina católica que recibían y los mendrugos que caían de la mesa de los españoles debían de parecerle al maestro de retórica un gran bien para los habitantes autóctonos de Nueva España.

La ceguera a la realidad de los mexicanos siguió caracterizando a los viajeros del siglo xix, cuando las circunstancias históricas les permitieron el acceso al país. Pocos años antes de iniciarse la Independencia, entre 1803 y 1804 estuvo en México el sabio barón de Humboldt, y se dedicó a estudiar, a descubrir como "un segundo Colón" a la nación mexicana. Entre otros libros, escribió un *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Es indudable que el prestigio que gozaba Humboldt en Europa sirvió para rehabilitar la opinión del mundo occidental sobre México, y lo que es más importante sus libros contribuyeron al autococimiento de los mexicanos, o al menos a ganar alguna confianza en sí mismos; no en balde habían sufrido tres siglos de coloniaje. Juan A. Ortega y Medina afirma muy acertadamente en uno de sus libros: ¹ "Habiendo alcanzado México su Independencia en 1821, a partir de ese mismo año comenzó la nueva nación a abrirse al trato y a las relaciones internacionales, y por tal motivo comenzó a desfilar por los dos puertos principales de sus costas atlánticas (Tampico y Veracruz) un rosario ininterrumpido de viajeros extranjeros, cuyo *vademecum* peregrino excitante e incitante no era otro sino el consabido *Ensayo*: la Biblia de todas las aspiraciones viandantes de aquel tiempo."

Por otra parte, como afirma Ortega y Medina: "En el *Ensayo político* se descubren, describen y exageran también, como es notorio, las posibilidades infinitas de un México al que todavía no le habían arrebatado injustamente sus prometedoras provincias fronterizas (Texas, Nuevo México y California). Cosío Villegas ha llamado la atención en lo relativo a los orígenes históricos, sociales, económicos y psicológicos de la leyenda sobre el *Eldorado* o paraíso mexicano de fabulosas riquezas. Tal leyenda se inicia, según el ensayista, con la propia conquista española y con las ansias de lucro de los primeros capitanes y soldados de la empresa; se continúa a lo largo de los tres siglos de explotación colonial y alcanza los días de Humboldt en México (1803). Cosío Villegas censura al barón por haber sido uno de los animadores y difundidores de la idea de un México dueño de una riqueza potencial increíble."

La contribución del sabio alemán en el campo de la geografía y de la economía de México es indiscutible, y sólo pecó por entusiasmo; en cambio, es más pobre cuando se refiere a la sociología de la Nueva España.

Indudablemente que el barón de Humboldt era dueño de un riguroso espíritu científico; sin embargo, tampoco se pudo librar de los prejuicios y de la subjetividad que padecieron los viajeros que nos visitaban. Entre los estudiosos que desde hace algunos años se dedican a examinar y a comentar los diarios y las cartas que escribieron los extranjeros anglosajones que visitaron a México, se encuentra el antes citado Ortega y Medina, quien no ha podido menos que notar: ² "Todo diario... responde perfectamente al interés expreso o tácito de su creador. La joven clorótica, la dama de mundo y aun la del mundo galante, así como el más prosaico viajero se desviven y desinflan en esfuerzos epistolares más o menos afortunados para abrimos su corazón y mostrarnos su intimidad... No importa que las impresiones hayan sido fugaces ni que las reflexiones sean apresuradas, porque en definitiva lo que nos interesa resaltar aquí es que tales impresiones y



"Los viajeros siempre tomaban como referencia los libros de Humboldt"

reflexiones viajeras solamente son excusas conscientes o subconscientes para autodefinirse con notas externas de referencia. El viajero anglosajón, por ejemplo, que escribe sobre México está definiéndose; está expresando su ser por su contrario, por el *no-ser*. Es decir, el viajero describe lo que ve, lo que él no es; lo que él y su país jamás podrán ser, ya sea para bien o para mal, por exceso o por defecto, por negación o por identificación. Tanto el entusiasmo criticorromántico como la crítica sorda y despiadada responden en última instancia al vehemente deseo de expresar el alma propia o afirmar sus aspiraciones por contraste con las ajenas... En todo diario... aun en las páginas más pedestres o más materialmente inspiradas, va embebida la autenticidad del diarista; es decir sus apetitos, sus ambiciones, sus proyectos... Ni incluso Alejandro de Humboldt escapa a esta descripción, porque cuando él *descubre* y *describe* las posibilidades infinitas de la Nueva España, al par que las testifica está afirmando y orientando las posibilidades de toda suerte que se le presentaban a Europa."

María del Carmen Ruiz Castañeda nos ilustra sobre el pensamiento social de Humboldt; y basándose en el *Ensayo político* resume las observaciones optimistas que hizo el sabio alemán sobre la realidad colonial de México: ³ "los indígenas, lejos de extinguirse como asegura la leyenda negra fraguada para desprestigiar al régimen español, aumentan considerablemente como lo comprueba en forma incontrovertible los registros del pago del diezmo y la capitación... Además, anota que la raza indígena está exenta de los impuestos indirectos, y que su situación ha mejorado considerablemente por las mejoras introducidas por el visitador Gálvez, durante el reinado de Carlos III... La esclavitud, en cuya condenación insiste con frecuencia casi obsesionante, no significa un grave problema social en el reino de la Nueva España." Para decirlo con las palabras de Humboldt: "Tiene una ventaja notable sobre los Estados Unidos, y es que el número de esclavos, así africanos como de raza mixta, es casi nulo; ventaja que los colonos europeos no empiezan a apreciar en lo que vale, sino después de los trágicos sucesos de la revolución de Santo Domingo."

La mano de obra que trabaja en las minas de Nueva España no le parecía que padeciera de esclavitud al sabio

alemán; en cuanto al peón del campo lo consideraba: "Pobre, pero libre." La pluma de Humboldt no vacilaba en escribir: "Su estado es preferible al de los aldeanos de una gran parte de Europa septentrional. En la Nueva España no hay contribución de servicios personales ni esclavitud; el número de esclavos es casi ninguno; y la mayor parte del azúcar es fruto de manos libres." De manera muy diferente pensaban los mexicanos que pocos años más tarde se levantaron en armas contra las autoridades españolas.

Es casi imposible justificar el optimismo de Humboldt cuando se ponía a considerar la existencia de los indígenas mexicanos, pues parece que sólo por no ser esclavos, creía que su posición era bastante buena; aunque algunos asalariados europeos en aquel tiempo se vieran obligados a trabajar durante 14 horas diarias, esto no significaba ningún alivio para los peones mexicanos que trabajaban de sol a sol. Sin embargo, para desagravio de Humboldt puede afirmarse que no todas sus observaciones sobre el medio social de México estuvieron tan apartadas de la realidad; refiriéndose al estado de los indígenas después de la Conquista, dice: "Así no quedó de los naturales del país sino la casta más miserable, los pobres labradores, los artesanos, entre los cuales había un gran número de tejedores; los mozos de carga de quienes se servían como de bestias; y sobre todo, las heces del pueblo, esto es, aquella multitud de pordioseros que en testimonio de la imperfección de las instituciones sociales y del yugo de la feudalidad, llenaban ya en tiempo de Cortés las calles de todo el imperio mexicano."

Sobre el sistema de castas establecido por las leyes españolas en la Nueva España, afirma Humboldt: "colocan a los indígenas a perpetuidad bajo la tutela de los blancos"; y que también existía "una barrera insuperable entre los indios y las demás castas, cuya mezcla está también prohibida".

El liberal sabio alemán creía con mucha razón que el único remedio para acabar con el estancamiento social de la colonia era cambiar las leyes y terminar con la discriminación racial; y no vacilaba en señalar que los culpables de la situación reinante eran: "los togados que detestaban toda innovación; los propietarios criollos que frecuentemente hallan su provecho en tener abatido y miserable al cultivador". Tampoco temía señalar los abusos de algunos hombres, aunque se encontraban investidos de los hábitos religiosos: "Aún es más notable esta desigualdad de fortuna en el clero, parte del cual gime en la última miseria, al paso que algunos individuos de él tienen rentas superiores a las de muchos soberanos de Alemania... y lo que verdaderamente desconsuela en la diócesis de un arzobispo cuya renta anual asciende a 130 mil pesos, es que hay curas de pueblos indios que apenas tienen de 100 a 120 duros al año." En cuanto a las clases más bajas que vivían en la capital de Nueva España, afirma: "hormigean de 20 a 20 mil... cuya mayor parte pasan la noche a la inclemencia, y por el día se tienden al sol, desnudos y envueltos en una manta de franela".

A pesar de todo, nadie mejor que Humboldt contribuyó a la leyenda de que nuestro país era el cuerno de la abundancia: "Entre las colonias sujetas al dominio del rey de España, México ocupa actualmente el primer lugar, tanto por su riqueza territorial como por lo favorable de su posición para el comercio con Europa y Asia." Como ejemplo del *paraíso* que era Nueva España, se atrevió a afirmar sin fundamento: "un hombre que dedique solamente dos días de la semana a un trabajo poco penoso, puede obtener el sustento para toda una familia." Esto, que no era sino una fantasía, los mexicanos trataron de convertirla en una verdad patriótica.

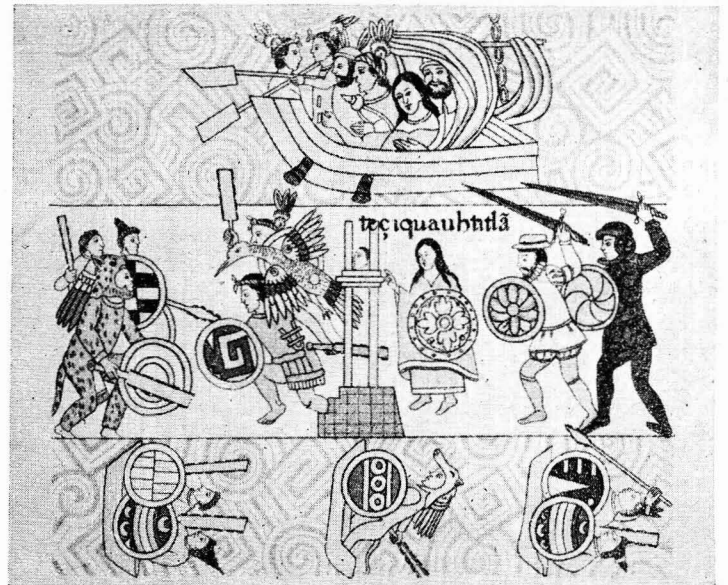
Los viajeros que llegaban a México, pocos años después de la Independencia, cuando ya no existía prohibición de entrar al país, como es natural tenían algunas veces opiniones favorables, y otras desfavorables, pero siempre tomaban como referencia los libros de Humboldt. Muchos sufrieron una gran desilusión al no encontrar las fabulosas riquezas que había descrito el sabio alemán; en cambio, otros muchos creyeron que tenía razón, y alabaron las apreciaciones de Humboldt. Al cabo la lectura de los diferentes autores termina por volverse monótona; cuesta trabajo hallar opiniones personales que no sean los estereotipados tópicos, los lugares comunes que invariablemente apuntaban los viajeros en su visita al México independiente del siglo XIX.

A Ortega y Medina se debe también la traducción, el prólogo y las notas de la edición española de las *Cartas sobre México*, de C.C. Becher,⁴ quien entre los años de 1832 y 1833, estuvo en el país para cumplir una importante misión comercial: nada menos trataba de establecer un comercio regular entre México y Alemania. La lectura de los libros

de Humboldt le sirvió como punto de referencia para el conocimiento del país, y aunque comerciante de oficio tenía cultura y un cierto temperamento romántico; sus intereses, como lo demostró en la correspondencia que le dirigió a su esposa, no se limitaban al comercio. Las cartas que publicó de su regreso a su patria, le sirvieron para tratar de justificar su fracaso; por estar México en revolución no pudo lograr sus propósitos comerciales.

Lo que impresionaba a C.C. Becher principalmente eran los aspectos en los que entonces México había conseguido parecerse a los países europeos, y el entusiasmo del viajero era verdaderamente romántico. Lo original de México casi pasaba desapercibido para él; en cambio, en una de las cartas que de tiempo en tiempo le dirigía a su esposa, se sintió obligado a consignar: "En el mesón de Puente se nos preparó una estupenda cena, se nos sirvió en vajilla inglesa, bebimos en vasos de Bohemia y tuvimos mantel y servilletas de Silesia, de suerte que el amigo S, que pasó también por aquí hará cosa de cuatro años, cuando todavía no se conocía semejante lujo y cuando, por ejemplo, había sólo un vaso de barro vidriado por toda vajilla, para uso de toda la familia que vivía en la casa, y mesas sin cubrir, etcétera, no pudo menos de admirarse del rápido progreso del refinado arte de vivir experimentado aquí."

El viajero y comerciante alemán padecía el mismo defecto que los turistas de hoy, que más que nada salen a buscar a lejanos países las comodidades que ya gozan en su casa. Más exactamente, se admiraba de encontrar comodidades en un país del cual tenía noticias desfavorables. Sin embargo, Becher tuvo que sufrir muchas incomodidades, pero las soportaba con ánimo tranquilo, y no le impedían observar las costumbres sociales de los mexicanos, que resultaban tan extrañas para él. Después de un viaje de tres meses por mar, Becher desembarcó en Veracruz, y fue hasta Puebla. Allí le envió una carta a su esposa comunicándole entre otras cosas: "Confieso que fue aquí donde por primera vez en mi vida vi a



"Estragos, muertes y crueldades"



"Las atrocidades de los conquistadores"

las señoras fumando en una excelente reunión social, y me asombró no poco el hecho de que la señora de la casa, tan elegantemente vestida, sacase de entre sus senos un dorado mechoncito de tabaco y me lo ofreciera con su papel de fumar; mas como yo lo rechazara, completamente tranquila encendió el suyo y según parece lo saboreó muy a su gusto." Un párrafo más adelante asegura: "Los extranjeros, si es que no son españoles, los cuales no son vistos como extraños por los poblanos, no son aquí queridos y hasta se les aborrece por herejes, y son insultados frecuentemente por la plebe." Para terminar la carta, dice que otro día saldrá en diligencia rumbo a la ciudad de México. A propósito de los medios de comunicación comenta: "No hace todavía muchos años era necesario emplear dos días a caballo para ir desde aquí a México; ahora se sale en la diligencia a las 6 de la mañana y se llega en la noche a buena hora. ¿A quiénes, empero, debe el país tales mejoras si no es a los extranjeros? ¡Y, no obstante, aquí en Puebla se les odia!" El progreso que empezaba a penetrar en el país era el tema obsesionante de Becher.

Pero no siempre fue el progreso material lo que le interesó a C.C. Becher; en una carta fechada en la ciudad de México, se refiere a las costumbres mexicanas: "[Las] diversiones populares se deslizaban en esta tierra con bastante menos estrépito que las de nuestro país; esto acontece, por lo que he podido colegir, a causa del carácter de los mexicanos, que es más dulce y tranquilo que el nuestro." En los momentos en que esto escribía Becher, el país sufría una revolución; pero él observaba que el pueblo no parecía muy interesado en la revuelta, y sólo era un asunto que afectaba a los militares.

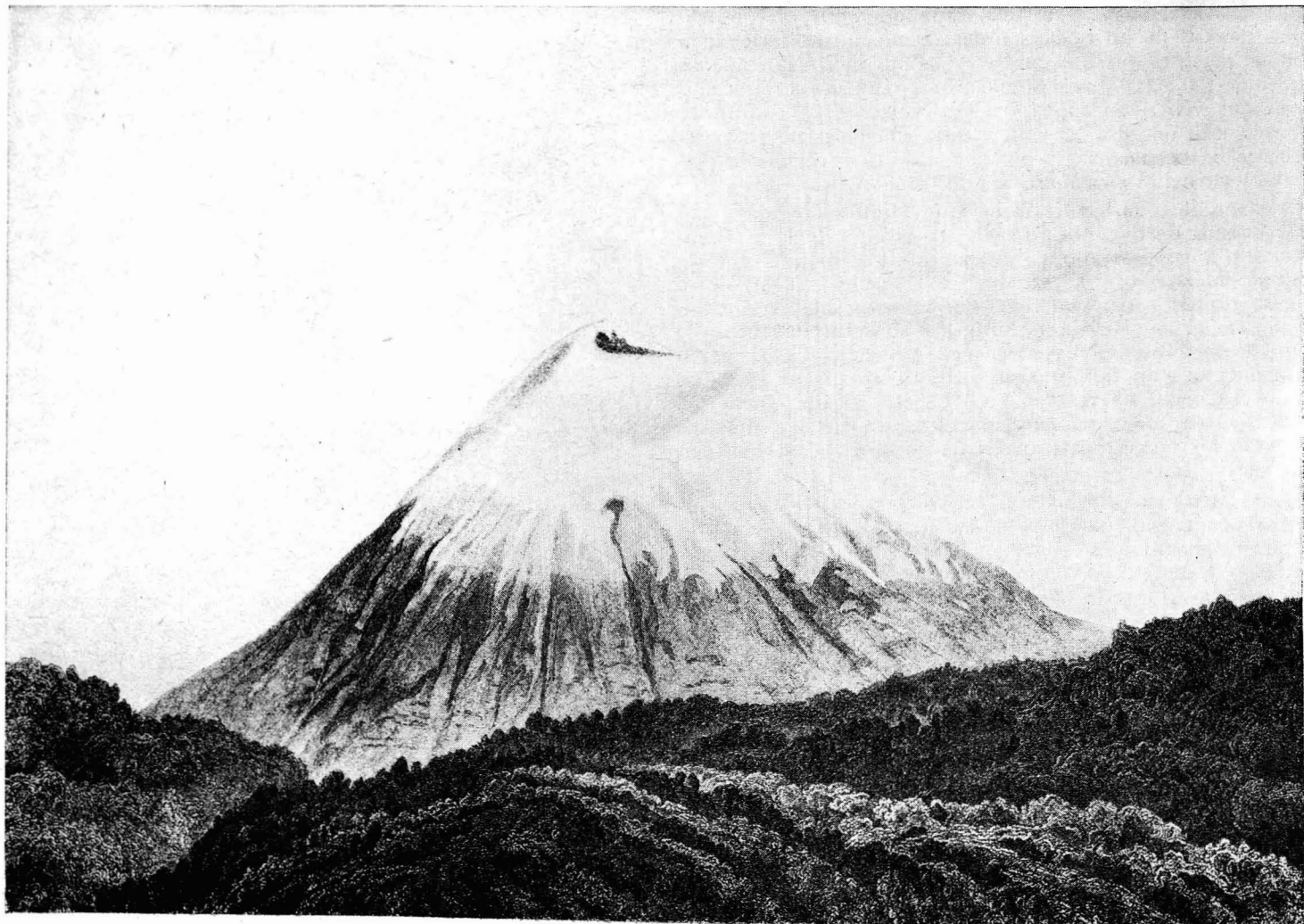
El comerciante alemán no se estuvo quieto en la capital del país, y a imitación de su ilustre compatriota Humboldt, salió a visitar el interior. Las minas atraían su interés, y para conocerlas no vaciló en emprender largos y difíciles viajes. El corresponsal alemán le cuenta a su esposa: "En otra de estas aldeas vimos a un bondadoso anciano indio que con un pequeño violín enseñaba al aire libre a danzar a una docena si acaso de niños. La danza se desarrollaba muy monótonamente, consistía en un corto y brincadero tocotín y parecía estar precisamente calculado para las procesiones religiosas. Ya he hecho notar antes que la simple y sincera alegría del europeo no es la propia del indio mexicano." Indudablemente que las impresiones del narrador estaban

muy influidas por su carácter calmado y optimista, y muchas de ellas no pasaban de ser una proyección de su propio espíritu.

Sin embargo, le es imposible dejar de lamentarse de las malas costumbres que observa en el país. En una carta que escribió en la ciudad de México, podemos leer una descripción de lo que consideraba una típica familia indígena: "El varón va por delante, semidesnudo y descalzo, como están todos, apoyándose sobre un largo báculo o pértiga, y le sigue la mujer, con un par de criaturas desnudas a la espalda, embaladas en un rebozo que la india se anuda al pecho, y finalmente sigue la ya desarrollada y buena jovencita, de suerte que casi siempre se ve a toda la familia junta. Carga también el hombre un huacal en el que pone las cosas que va a vender a la ciudad, en la que se embriagan con una parte del dinero de la venta, regresando después al atardecer de nuevo a su casa y de la mejor manera que pueden hacerlo en esta situación... pero debo añadir justamente, en obsequio de la verdad, que no todos, sin embargo, se ven borrachos." A Becher le es imposible dejar de remachar sobre el tema del progreso: "Pero de todos modos estos indios siguen siendo una raza peculiar de hombres, a la cual sólo difícil y lentamente (nunca en resumidas cuentas) se la deja elevarse al grado de cultura y conocimiento en el que se hallan por ejemplo nuestros aldeanos."

Además del vicio de la embriaguez, Becher se ve obligado a añadir que los mexicanos no son muy respetuosos para con los bienes ajenos: "Tuve la dicha de que ni en Londres ni en París me sacaran nunca nada de las faltriqueras; pero aquí una multitud de pañuelos de seda, los cuales, ya en la iglesia ya en el paseo, ¡con increíble habilidad me han desaparecido de los bolsillos, extraídos por estos hábiles descendientes de Moctezuma! Hasta unos gemelos de teatro me sacaron el otro día de la bolsa de la levita cuando me encontraba en San Agustín; los vi por última vez cuando al voltear la cabeza y en la semioscuridad de la nave iban volando de mano en mano a fin de que el lépero que estaba junto a mí, y al cual, por decirlo así, casi agarré con las manos en la masa, pudiera sostenerme con tanto más descaro que él no lo había hecho."

Sin embargo, nada de esto, ni la guerra civil, parece inquietar mucho al dulce y flemático comerciante alemán. En una de sus cartas, después de recordar la paz que gozaba en su país, escribe: "¡Qué contraste con el estado de cosas



"Lo original de México casi pasaba desapercibido"



"Los viajeros que llegaban a México pocos años después de la Independencia"

en esta tierra prometida en donde casi a diario se difunde la religión católica y se generaliza la guerra civil! Sírvate esto, con todo, por lo que a mí se refiere, para que no te alarmes más tarde, pues quizás discurra todo aquí de un modo más sosegado que en nuestro país, dado que el carácter de la gente es por lo general más dulce y flemático. ¡Los acontecimientos más importantes comienzan y transcurren completamente tranquilos, y los paseos y los torros [sic] y el teatro son frecuentados igual que antes!" Pero el inquebrantable optimista comerciante alemán debe admitir que la revolución "sobre los negocios tiene un influjo malísimo, y en relación con el viaje de regreso la influencia no puede ser peor". Sin embargo, en México empezaban a suceder cosas que alentaban al espíritu progresista de Becher: "A consecuencia de los muchos extranjeros ya no es extraordinario ver incluso que se preparen las comidas totalmente al estilo europeo, por donde la prosperidad de muchas de las instalaciones fundadas aquí por extranjeros se facilita muchísimo. Así, por ejemplo, entre un norteamericano y un inglés han establecido cerca de la capital un rancho que envía a la ciudad, para la venta, una exquisita y excelente mantequilla, en tanto que la que se elabora aquí resulta de pésimo sabor. También están ya en marcha dos fábricas de cerveza así de la clase porter como en el estilo ale."

Uno de los aspectos de la vida de México que Becher no logró nunca entender fue la incongruencia en la marcha de los acontecimientos políticos, ni podía entender la facilidad con que los generales se pasaban al bando contrario. Era indudable que Becher juzgaba los acontecimientos desde el punto de vista europeo, y no tomaba en cuenta que el país apenas acababa de nacer a la vida política independiente. El comerciante alemán le escribe con gran asombro a su esposa: "hicieron prisionero al propio general Santa Anna, al presidente de la república, para, como quien dice, instarlo a aceptar la dictadura. Pero calcularon mal, Santa Anna rechazó firmemente dicha proposición y antes bien quiso

morir con honor... Después de pasados unos cuantos días logró librarse de las manos rebeldes y huyó a las montañas... El autoliberado Santa Anna regresó... y con la destreza y energía habituales en él ¡reunió un nuevo ejército con el que pudo por último vencer totalmente a los rebeldes de Guanajuato!"

No todos los viajeros de esa época tenían tan buen carácter como C.C. Becher. Isidoro Löwenstern escribió su obra *Le Mexique* algunos años después de estar en México durante 1838; entonces en el país también había una revolución, y Francia amenazaba con invadir el suelo de México. "El libro es de lo más ácido y de lo más injusto que se ha escrito nunca sobre México", afirma Margarita M. Helguera, quien ha escrito un ensayo sobre esta obra.⁵ Isidoro Löwenstern nació en Viena; era de origen judío, pero se convirtió al cristianismo; su gran afición era la numismática. Löwenstern poseía una cultura regular y muy mal genio. Como Becher, este viajero tampoco entendía los acontecimientos políticos que por entonces sucedían en México; pero mientras que Becher los atribuía al destino, Löwenstern se los achacaba a los defectos del carácter de los mexicanos.

En su libro de memorias, Löwenstern relata detalladamente su viaje a través de México. Desembarcó en Veracruz, y el clima le pareció muy malo; de la capital de México traía muy buenas referencias, pero le pareció muy fea, y observó que las calles estaban llenas de basura.

El viajero visitó también otros lugares, pero estuvo muy poco tiempo en ellos; la mayor parte del tiempo lo pasó, pues, en la capital. En libros y otras fuentes de información recogió algunas noticias sobre el país, y estos acontecimientos culturales e históricos los transcribe en su obra. Pero lo que más le interesaba a Löwenstern eran las costumbres.

Parece ser que en realidad Löwenstern no sabía ni una palabra de español, y que, además, por estar enfermo se pasó la mayor parte del tiempo recluido en un hotel. Por otra parte, sentía alguna simpatía por España, pero en cam-

bio ninguna por México. Cuando se refiere a la educación del país, todo lo bueno se lo atribuye a España, y afirma que los mexicanos iban perdiendo para entonces la cultura que habían recibido de los españoles; piensa que lo mexicano y la ignorancia son sinónimos.

El viajero vienés señalaba como causa de los males de México a las revoluciones, pero creía que la conducta de los mexicanos y los graves defectos que en ella observa eran congénitos, y no sabía distinguir las circunstancias atenuantes.

La religión católica y un ambiente de refinada cultura habían modelado el carácter de Löwenstern en Europa, y muchas de las cosas que vio en México le desagradaron; por ejemplo, escribe: "Los periódicos son casi todos de lo más demagógico y funestos para un pueblo que tiene tan pocos principios y al cual se puede encaminar con mucha facilidad hacia el mal..." Pero lo que más le disgustaba era el modo como se practicaba la religión en México; pensaba que el principal peligro era el clero mismo, porque era muy afecto al lujo y a las riquezas; juzgaba que los indios jamás habían sido instruidos en verdad en la religión católica, y que aunque en apariencia guardaban las formas del culto, en el fondo el pueblo no era un verdadero creyente. Löwenstern veía en el partido liberal una amenaza para la religión y para la Iglesia, y consideraba que el pueblo ignorante se perjudicaría muchísimo con el triunfo del liberalismo, porque los indígenas se sentirían libres de todo freno moral.

En cuanto a las costumbres, Löwenstern pensaba que los mexicanos eran demasiado afectos a la etiqueta, pero en el fondo muy poco amables; creía que eran más bien cobardes, y los asaltos que había en los caminos los atribuía a la cobardía de los mexicanos. Muchos fueron los defectos que observó en el país: impuntualidad, poco amor al trabajo, deshonestidad, etcétera; defectos todos que le volvían poco agradable la estancia a los viajeros. Según él, los mexicanos eran ignorantes, y por eso sentían un odio injustificado hacia los extranjeros. Esto no era todo: Löwenstern pensaba que la moral de los mexicanos, sin exceptuar ninguna clase social, estaba completamente relajada; denunciaba la pasión por los juegos de azar, y la mala educación que se le daba a los hijos y la inmoralidad que reinaba en las relaciones sexuales.

Además, las diversiones de los mexicanos le parecieron desagradables y bestiales, y desaprobaba las corridas de toros y las peleas de gallos. La vista de las señoras fumando en público, le causaba asombro y repugnancia. Las fiestas y las reuniones le parecían sin interés, y las conversaciones triviales. En una palabra: Löwenstern se aburría, y eso que viajaba por placer! Sus prejuicios lo acompañaban por todas partes, y parecía que en México esperaba encontrar una especie de nueva España. Estaba muy convencido de que la única salvación para México era la intervención de los países europeos. Todo lo que era singular y propio de México lo ignoró y jamás pudo verlo.

Muchos años después de la visita de Löwenstern, ya en el siglo XX, el novelista inglés D. H. Lawrence, hastiado de la civilización europea, vino al país buscando un nuevo paraíso; su ingenuidad y su romanticismo lo hacían creer que aquí encontraría un mundo virginal, sin contaminación de los defectos de la civilización occidental. D. H. Lawrence era un adorador de la naturaleza y de lo natural; su odio por el mundo moderno estaba fundamentado en la creencia de que el hombre ha pervertido sus instintos, y ha cambiado la herencia de su felicidad natural por el plato de lentejas de las comodidades que ofrece la civilización.

Aparentemente, en Lawrence podemos hallar al viajero ideal, libre de prejuicios, dispuesto a aceptar las cosas tal como son en sí, y que no pretenderá que lo mexicano deba parecerse a lo europeo. No es así; Lawrence pudo apreciar ciertos aspectos de la belleza de México, pero ante otras realidades demostró una incomprensión casi total. Escribió el libro *Mañanas en México*,⁶ cuyo principal valor son las agudas y profundas reflexiones que recoge. La mayor parte de esta obra se inspira en una pequeña ciudad, muy al sur de la república. Lawrence se instaló durante un tiempo en este pueblo; por fortuna a él no le interesaban las comodidades, y el buen clima de México lo sabía apreciar en lo que vale: "El sol brilla. Brilla como de costumbre, como brilla durante todo el invierno. Es una delicia sentarse al aire libre y escribir en esta temperatura ideal, ni muy fresca ni muy cálida, sino exactamente la deseada."

El paisaje, los animales, las plantas, los árboles, las flores lo emocionaban y lo entusiasmaban, pero no el ambiente. Una de las primeras y dominantes impresiones de su estancia

en México se descubre en este párrafo: "En ninguna parte como en México, la vida humana se aísla tanto, se desprende de sus alrededores y se desconecta sutilmente de su ambiente. Hasta en ciudades grandes como Guadalajara, en la que al llegar después de cruzar las llanuras y ver las torres gemelas de su catedral contemplando en soledad lo que les rodea, a la manera de dos pájaros que, perdidos y juntos sobre un mástil alzarán sus cabezas blancas para ver mejor la desolación circundante, el corazón se oprime ante tanto pathos, ante tanta aislada pequeñez de esfuerzo humano. Y construir una iglesia con una torre únicamente, es cosa inimaginable. Son necesarias las dos para que se hagan compañía en este desolado mundo."

Luego establecía una frontera definitiva, infranqueable, entre él y los habitantes del país: "Todos estos indios siempre se apartan de nosotros, como si fuéramos posibles y atrevidos asaltantes. Esto realmente le hace a uno enfadarse." Cuando caminaba por los pueblos de México, Lawrence se sentía punto menos que perdido: "Si no hubiera iglesias para marcar un punto determinado en estos villorrios, no habría manera de orientarse. La sensación de desorientación es intensa, en medio de esas estúpidas y repelentes cercas de cactus. Los españoles, sin embargo, en medio de estas negras chozas de adobe, tuvieron inevitablemente que levantar la blanca magnificencia de una grande, solitaria y perdida iglesia de dos torres."

En cuanto a las instituciones democráticas de México, sus opiniones rayaban en la incomprensión y en la intransigencia más absoluta: "¡Votos! ¡Votos! ¡Votos! ¡La farsa de los votos! En la pared del achatado edificio, en donde se lee, en letras azules la palabra *Justicia*, están fijando los últimos carteles políticos con las frases relumbrantes de *Vote por este signo, vote por este otro*, etcétera." Hay que aclarar que Lawrence nunca tuvo gran interés por la política, y su indignación ante las actividades democráticas de los mexicanos no se debía a que hubiera sentido alguna simpatía por el colonialismo europeo; sencillamente en su mundo interior las categorías más importantes eran los valores sexuales. Que un pueblo que él juzgaba tan cerca de la naturaleza y de la felicidad se dedicara a cualquier tipo de actividades políticas, le parecía una aberración monstruosa. D. H. Lawrence se burlaba de la Revolución Mexicana, y de los deseos de libertad y de emancipación política del pueblo. Es muy dudoso que Lawrence se haya puesto alguna vez a pensar en lo que había significado para México la época del colonialismo y del porfirismo; sencillamente esas cosas no le interesaban. Su incomprensión no podía haber sido más absoluta.

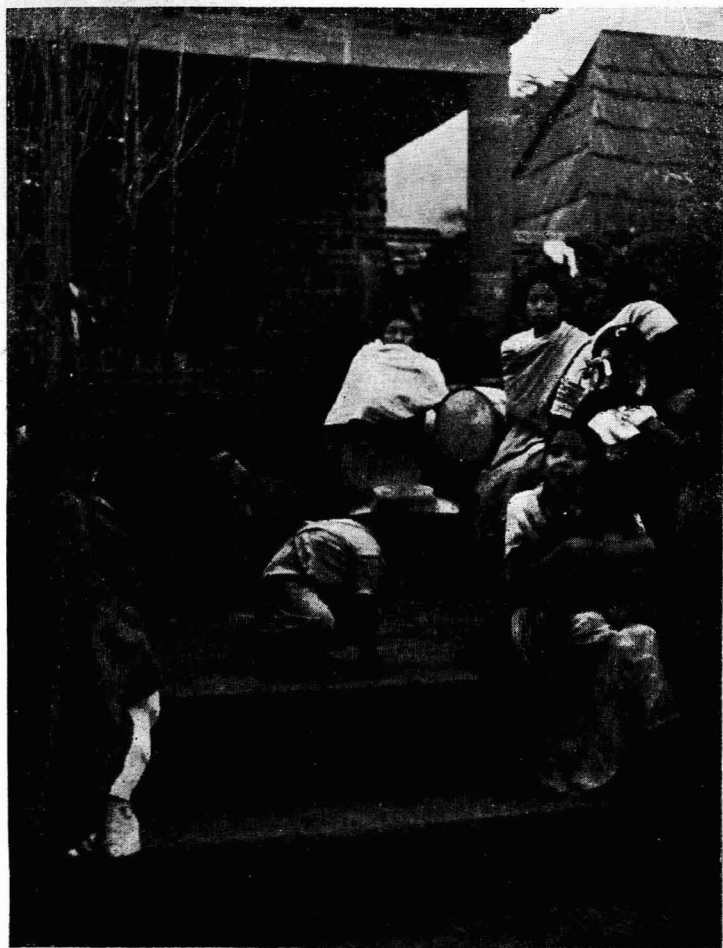
A pesar de toda la presunción de Lawrence de ser un hombre liberado de los prejuicios y de los temores que nos infunde la civilización, cuando estaba en México recordaba los preceptos de higiene que le habían enseñado en la escuela: "Tenemos que llegar a la parte más alta, arriba de la población, para beber agua pura y evitar una tifoidea." No le reprocho su temor a los microbios, sino sólo trato de señalar las contradicciones de este brillante escritor inglés.

Cualquiera que haya leído las obras de Lawrence, creería que este autor se entusiasmaría al conocer las leyendas indígenas, pero había algo que molestaba la subjetividad de Lawrence: "Las diosas y los dioses aztecas son, tan pronto como sabemos algo de ellos, una partida de seres desagradables y odiosos. En sus mitos no hay nada de delicadeza, de gracia, de poesía. Sólo un perpetuo gruñir, un gruñir interminable, un dios gruñendo a otro, los dioses a los hombres, éstos a los animales. La diosa del amor es diosa de la suciedad y de la prostitución, es un horror, comedora de suciedad, sin ninguna nota de ternura. Y si el dios la requiere al amor, ella no hace más que tenderse frente a él, bramante y accesible." Lawrence no lo aclaró: sin embargo, es fácil adivinar que todo el tiempo estaba pensando en las divinidades griegas, y a los dioses aztecas los desprecia porque no encajaban en su mundo de ternura y de sexo. El rencor de Lawrence contra los dioses aztecas, se reflejaba en los mexicanos. Después de recordar que la "diosa del amor", la madre de los dioses, da a luz un cuchillo de pedernal, afirma: "Todavía hoy, la mayor parte de las indias mexicanas parece parir cuchillos de piedra. Observad a estos hijos de incomprendibles madres, con sus ojos negros de pedernal, y sus menudos y tiesos cuerpecillos semejantes a erectos y agudos puñales de obsidiana. Pero tened cuidado de que no os vayan a destripar."

A pesar de todo Lawrence trataba de justificar a los indios mexicanos, y se daba cuenta de que entre el indígena y el hombre blanco existía una barrera infranqueable, y preten-

día que jamás podrían llegar a entenderse. Lawrence afirmaba que los indígenas creían que el hombre blanco era: "Una especie de extraordinario mono blanco que, con astucia, ha aprendido multitud de trampas y secretos semi-mágicos del universo, y se ha hecho dueño y señor del mismo." Por lo tanto, según el escritor inglés, las relaciones entre una y otra raza eran imposibles y estaban marcadas siempre por el absurdo; el indígena no podía entender por qué los hombres blancos se inquietaban tanto por el tiempo, por las distancias, ni por qué les gustaba ganar y ahorrar dinero. Lawrence añade: "Mas el gran mono blanco tiene las llaves del universo, y el mexicano de ojos negros tiene que servirle, a fin de poder subsistir." Desde luego, Lawrence pertenecía sin remedio a la raza de los grandes monos blancos, y cuando escribía sobre los indígenas, no se podía olvidar de que era un gran mono blanco. Y de paso, aunque sin proponérselo, justificaba la explotación.

D. H. Lawrence cuenta las desgracias que había sufrido un mozo indígena que vivía en el pueblo donde él se encontraba; sus desdichas provenían del maltrato que le habían dado los gobernantes y las autoridades militares del



"Las indias mexicanas parecen parir cuchillos de piedra"

lugar. Lawrence compadecía al indígena, pero su piedad lo llevó a estas conclusiones: "¡No ser cogidos! ¡No ser cogidos! [por el ejército que los hacía servir en sus filas]. Éste habrá sido el tema predominante del México indio, desde mucho antes que Moctezuma arrastrara a sus prisioneros a la piedra de sacrificios." Lo que decía Lawrence no era una mentira: la realidad para los indígenas siempre ha sido cruel; lo malo era que Lawrence creía que México se reducía al mundo de los indígenas, y ni siquiera distinguía quiénes eran las víctimas y quiénes los verdugos, quiénes los colonizadores y quiénes los colonizados.

Lawrence era un romántico sentimental, pero sus románticos prejuicios le impedían comprender la realidad de México; tenía conciencia de este problema, y él mismo aseguró: "Es casi imposible para el blanco acercarse al indio sin sentimentalismo o sin disgusto. El blanco común y corriente experimenta en su mayoría una especie de disgusto innato hacia estos indígenas del tambor. Los espíritus refinados, por lo contrario, caen invariablemente en un sentimentalismo que huele a huevo podrido. ¿Por qué? Ambas reacciones se deben al mismo sentimiento. El indio no está a nuestra altura. Él no sale a nuestro encuentro. Todo su ser toma rumbo diferente al nuestro... Los modos de la conciencia de los indios son diferentes y fatales a los de la nuestra. Los modos de nuestra conciencia son diferentes y fatales a la del indio. Los dos

modos, las dos corrientes nunca se encontrarán. Ni siquiera podrán reconciliarse. No hay ningún puente, ninguna conexión." Lawrence afirmaba que la manera de salvar ese abismo era la destrucción de una de las dos formas de conciencia: "Únicamente podremos entender la conciencia del indio en términos de la muerte de nuestra conciencia." Naturalmente, Lawrence no estaba dispuesto a renunciar a sus puntos de vista, y se marchó de México sintiéndose desilusionado.

Un caso semejante al de D. H. Lawrence fue el de Antonin Artaud; ambos escritores se parecían en muchos aspectos. Artaud vino a México (nos lo cuenta en su libro *México*)⁷ a buscar una verdad más profunda que la que le ofrecía Europa. Las páginas de esta obra, producto del viaje de Artaud, recogen los artículos que escribió durante su estancia en el país, hacia 1933, cuando ya México empezaba a consolidar los frutos de la Revolución. En sus artículos alababa a la Revolución Mexicana, pero no por sus adelantos materiales, sino porque en este movimiento político creía ver el renacimiento de los antiguos ideales de la cultura indígena.

Para comprender a Artaud, se debe tener en cuenta que era enemigo de la sociedad actual, y que no confiaba en ninguno de los sistemas establecidos, que atacaba la cultura europea acusándola de vacía de contenido espiritual, y a la ciencia la despreciaba por basarse en métodos experimentales. El poeta francés Antonin Artaud negaba que el conocimiento pudiera alcanzarse por medio de experiencias parciales, y afirmaba que a él sólo se llegaba por la intuición total, por la iluminación mística y la poesía; abogaba por un conocimiento unitario y mágico, opuesto a la manera de pensar dualista de los europeos.

A consecuencia de su peculiar actitud mental, Artaud pudo advertir que en las más remotas sierras de México existía una cultura: "Si los tarahumaras no saben trabajar los metales (se encuentran todavía en la edad de las picas y de las flechas), si trabajan la tierra con troncos de árbol tallados y si duermen sobre la tierra completamente vestidos, tienen en cambio la más alta idea de las fuerzas que intervienen en el movimiento filosófico de la naturaleza. Ellos han captado los secretos de esas fuerzas en su idea de los *números-principios* tan exactamente como el mismo Pitágoras lo hizo. La verdad es que los tarahumaras desprecian la vida de su cuerpo y no viven más que para sus ideas: quiero decir, en una comunicación constante y casi mágica con la vida superior de esas ideas... El mal, para ellos, no consiste en el pecado; para los tarahumaras el pecado no existe: el mal es la pérdida de la conciencia. Tienen para ellos más importancia los altos problemas filosóficos que los preceptos de nuestra moral occidental... Los tarahumaras tienen la obsesión de la filosofía y están obsesionados hasta una especie de sortilegio fisiológico; no hay entre ellos gesto perdido, gesto que no tenga un directo sentido filosófico. Los tarahumaras se convierten en filósofos."

Parece que Antonin Artaud pudo desertar del rebaño de los grandes monos blancos, y librarse de los prejuicios que inhabilitan al hombre blanco para entender lo que está viendo en México; logró comprender que los indígenas, a pesar de su falta de adelantos modernos y de su pobreza material, poseen algo que los dignifica: su pensamiento, su sabiduría, que los coloca con mucha frecuencia encima de la irracional conducta de los hombres europeos que se dedican a medir el tiempo, el espacio, y a atesorar monedas. Los indígenas pueden ignorar muchas cosas, pero conocen claramente su destino de hombres en la tierra. Así lo comprendió Artaud, pues no venía, como otros muchos, a buscar lo que traía dentro de él, sino a descubrir la realidad de México.

En resumen, la opinión pública de los viajeros le ha sido desfavorable a nuestro país; sin embargo, algunos pocos han sabido comprenderlo. La vía del conocimiento es difícil; se requiere estar por encima de las ideas hechas, de los lugares comunes, de los prejuicios y del falso orgullo de pertenecer a una comunidad civilizada, pero que frecuentemente es incapaz de comprender lo que no está construido por sus mismos lineamientos.

NOTAS

- 1 Juan A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*. UNAM. México, 1960.
- 2 Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, t. II. Porrúa y Obregón, S. A. México, 1953.
- 3 En *Ensayo sobre Humboldt*. UNAM, México, 1962.
- 4 C. C. Becher, *Cartas sobre México*. UNAM, México, 1959.
- 5 En *Anuario de Historia*, año I. UNAM. México, 1961.
- 6 D. H. Lawrence, *Mañanas en México*, Letras de México. México, 1942.
- 7 Antonin Artaud, *México*. UNAM. México, 1962.